

Mirando al sur

Ana Rosa Suárez

Alvaro Matute (introducción, edición e índice), *Historiografía española y norteamericana sobre México (Coloquios de análisis historiográfico)*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1992, Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 24, 260 pp.

Vale la pena comentar el libro recién editado por el doctor Alvaro Matute. Su propósito es apuntar la riqueza de la producción historiográfica española y estadounidense sobre México, que en el primer caso se puede remontar a la época colonial, sin olvidar a los diversos autores del siglo XIX y, por supuesto, a nuestros transterrados del siglo XX.

No es el propósito ahora describir el contenido del volumen, ni tampoco referirse a cada uno de los autores, sino más bien llamar la atención sobre sus logros y lecciones en lo relativo a aquello que parece más importante por su significación actual, la historiografía norteamericana. Se trata de compartir una lectura personal del texto.

Daniel Cosío Villegas escribía en 1968: "Si ha habido y hay algún país en el mundo que tuvo, tiene y tendría necesidad de estudiar y entender a los Estados Unidos, ese país es México". Las razones son evidentes. Los Estados Unidos han sido uno de los elementos decisivos en la historia mexicana, y con ese país compartimos una historia co-

mún. Asimismo puede afirmarse que, casi al cierre del siglo XX, los patrones culturales del país vecino tienen un impacto formidable en México, pese a que, históricamente, se ha manifestado la capacidad de autoafirmación de nuestra cultura.

Por lo que se refiere a la producción historiográfica, los historiadores norteamericanos han estado a la vanguardia, en diversas ocasiones, de innovaciones teóricas y metodológicas en algunas áreas. Igualmente, el notable desarrollo de los medios de comunicación y transporte, así como la multiplicación de intercambios académicos, han coadyuvado a que la producción historiográfica estadounidense llegue a México de manera abundante y a que en muchos casos transmita a la historiografía mexicana sus características y fines. En tanto que dicha producción historiográfica sea "estudiada y entendida", y no simplemente admitida y utilizada, el estudioso mexicano podrá ubicarla en el contexto apropiado y encontrar en ella sugerencias para nuevas investigaciones, respuestas distintas a problemas semejantes, posibilidades de comparación con nuestro pasado, metodologías diferentes, etcétera.

Historiografía española y norteamericana sobre México responde a estas necesidades. Tiene, en verdad, la virtud de recordarnos que, en los Estados Unidos —como en cualquier parte—, la reconstrucción del pasado ha sido siempre una operación que se realiza a partir del presente, y que cada ge-

neración de historiadores se ha planteado distintas preguntas acerca del pasado, respondiéndolas de manera diferente, pues toda obra de historia es a la vez componente y expresión de su época.

Si bien la obra nos ofrece una visión de conjunto sobre temas nacionales: el periodo prehispánico, la guerra del 47, la revolución y el zapatismo, nos lleva también, a través de la vida y textos de un grupo de estudiosos, al ambiente y época a la que éstos pertenecen.

En efecto, al escribir sobre México, estos autores se definen, expresan "su ser por su contrario, por el no-ser". Como los viajeros a los que Ortega y Medina aludía en *México en la conciencia anglosajona*, cada uno

describe lo que ve, lo que él no es; lo que él ni su país jamás podrán ser ya sea para bien o para mal, por exceso o por defecto, por negación o por identificación. Tanto el entusiasmo criticorromántico como la crítica sorda y despiadada responden en última instancia al vehemente deseo de expresar el alma propia y afirmar sus aspiraciones por contraste con las ajenas. No hay tierra, ni personas, ni espectáculo del mundo lo suficientemente romántico, atractivo, original, asombroso o nuevo que pueda obligar a un hombre a fijarse en ellos y describirlos, si no es porque en el gratuito o interesado observador yace ya el íntimo deseo de manifestarse tácita y descubiertamente por referencia

a lo ajeno, nuevo o insólito [...]

De tal modo, *Historiografía española y norteamericana sobre México* nos permite acercarnos a una historia que, nos guste o no, nos es clave, así como viajar a un país que en la primera mitad del siglo XIX se sentía una Europa de segunda mano, “transplantada, ultramarina e inmadura”, a un país obligado a buscar en el pasado arqueológico maya su propia “herencia clásica” (p. 118); a un país que mediando ese siglo, y en nombre del “Destino Manifiesto”, invadió el nuestro con un ejército de voluntarios, sin mayor preparación militar, pero dispuesto a la aventura por la promesa de un pedazo de tierra (pp. 138 ss.); a un país que, a fines de ese siglo y principios del XX, produjo una casta de empresarios, persuadidos de que parte de sus fortunas se había de aplicar al bienestar público, incluyendo en éste la fabricación de libros. Así, para editarlos emplearon los mismos recursos que los habían ayudado a llegar a donde habían llegado: la producción en serie, el trabajo de equipo y el anonimato de los participantes.

El libro nos pone en contacto con una nación tornada imperio, que extendió sus tentáculos a la academia, además de a la economía, y que tuvo la arrogancia de asegurar en 1919, vía Justin Smith, un historiador de la guerra con México, que “de todos los conquistadores nosotros hemos sido acaso los más excusables, los más razonables, los más bienhechores” (p. 125, n. 6); pero que, paradójicamente, pudo procrear entonces una historiografía antimperialista, minoritaria, pero agudamente crítica de su propia actuación e intrigas políticas, así como capaz de reconocer el derecho a la autodeterminación de los otros. Se trata, en este últi-

mo caso, de la generación de los *muckrakers* y los “trabajadores de caso”, esto es, de aquellos periodistas que acudieron a la denuncia para limpiar el “estiércol” nacional, así como de los trabajadores sociales que para acercarse a su objeto de estudio usaron de los que entonces se llamaron “experimentos en la realidad”.

En fin, el libro nos entrega a los Estados Unidos de la gran depresión, tan golpeados por la crisis, tan necesitados de héroes y mitos, que sus autores —algunos por lo menos—, los hallaron en el hombre de Anenecuilco y la reforma agraria mexicana, así como a los Estados Unidos de los años sesenta y setenta, tan afectados por la guerra de Vietnam que sus historiadores encontraron analogías en la “escalada” sobre México (p. 129) y fueron tan críticos de sus circunstancias que se empeñaron por comprender el lado mexicano.

A lo largo de todo el viaje nos acompaña la variable racista, que permitió el rescate de lo indígena, pero no vivo sino muerto, que proporcionó la certeza de que los mexicanos “huirían como despavoridos al escuchar los primeros disparos de los anglosajones” (p. 138) y que tampoco libró a John Kenneth Turner, el gran defensor de México y lo mexicano, de admitir “que México no está bien favorecido por la generación física y mental como una gran porción de los Estados Unidos” (p. 207).

Historiografía española y norteamericana sobre México estudia escritores y escritos que han fundamentado nuestros propios trabajos históricos; al hacerlo, nos da pistas para trillar a los unos y los otros, y por ende aprovecharlos mejor. Así, y para dar sólo algunos ejemplos, se analiza al viajero y diplomático John L. Stephens, sustento de los estudios mayas; a

Gene Brack y David Pletcher, dos de las mejores aportaciones norteamericanas al estudio de la guerra con México; a Hubert H. Bancroft, archivo indispensable para 350 años de nuestra historia; en fin, a ese reducido grupo de periodistas e intelectuales que se solidarizó con la Revolución mexicana y se constituyó en su testigo.

Paralelamente, la obra deja sentir, aunque quizás no en demasía, los vientos intelectuales que soplaron sobre los Estados Unidos en distintos momentos de su historia: la ilustración, el romanticismo, el positivismo, el darwinismo social, el marxismo, etcétera.

Conviene, por último, resaltar dos lecciones que se desprenden de este ejemplar, que no por haber sido ya señaladas, han perdido vigencia:

1) La urgencia de estudiar a los Estados Unidos. Es cierto que se ha avanzado; no obstante, todavía falta mucho para que los conozcamos, los entendamos, los manejeamos con la soltura que sus académicos nos manejan, y más aún para que lo hagamos en la proporción en que ellos lo hacen. No vale conformarse con dominar el lado mexicano de los problemas, conviene profundizar en la parte norteamericana.

2) La necesidad de conocer una historiografía que, como se señala en la introducción, es una de las “más presentes y constantes sobre México” (p. 9). Un medio de alcanzarlo sería, quizás, la organización de coloquios de análisis historiográfico. Los temas podrían ser múltiples y referirse a todas las producciones historiográficas a nuestro alcance: la española, la francesa, la inglesa, la norteamericana. En este último caso habría que abordar las diferentes corrientes historiográficas en el país vecino, tratar de situar en ellas a los

distintos autores y temáticas estudiados y compararlos, si se puede, con las interpretaciones que sobre las mismas materias han dado nuestros autores.

Sirva esta reseña para expresar un deseo: que este libro sea una invitación, no un punto final; es menester, me parece, proseguir el trabajo.

Nota

¹ Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robredo, 1955, 2 vols., México y lo mexicano, 22.

Nuestros municipales.
EL SR. D. GUILLERMO VALLETO

